

un tono más cosmopolita, y quitar a su estilo inelegante esa aspereza vasca que le es característica. Los viajes, el contacto con otras humanidades, el influjo vivo de otras culturas, beneficiarían grandemente su obra, haciéndola más rica de matices, más amplia y flexible, más humana y generosa. ¿Qué está viejo y que, por lo mismo, ya no puede cambiar? ¡Error! Don Miguel de Unamuno, sabedlo, ha sabido conservar una juventud de espíritu admirable. Suyos son, por lo tanto, estos bellos atributos de la juventud: la plasticidad y la inquietud.

Pero el jefe del Directorio dispuso mandarlo a Canarias. Acaso quiso ser benigno con él. Ceuta o el extranjero habrían sido muy duros castigos... ¿Castigos de qué? De sus delitos, está claro, consistentes en atacar a las personas del Rey y de «su Mussolini», don Primo de Rivera. Pasaron ya los tiempos en que podían hacerse esos ataques impunemente. Hoy, un retorno ofensivo del siglo XIV, nos hace saber que las personas de los nuevos césares—los Primeros Ministros—deben ser tan sagradas e inviolables para la pluma de los escritores como para la bala de los anarquistas.

¡La inquietud espiritual de don Miguel de Unamuno! A esa inquietud debe el escritor una reciente condena a muerte y su actual deportación... Don Miguel de Unamuno, no se contentó con divertirse en ese mundo inofensivo de la paradoja especulativa; también quiso descender al campo peligroso de la política militante. Aquí, naturalmente, le han perjudicado sus hábitos de ideólogo iconoclasta. Quiso ensayar con los hombres del poder la misma irreverencia que con las ideas, y aquéllos reaccionan y se defienden en la forma poca agradable que estamos viendo. El error de don Miguel de Unamuno consistió en haber olvidado que si las ideas, en el reino gris de la abstracción, pueden manejarse por el filósofo así como los insectos por el entomólogo, no así las cosas de la política, cuando éstas las traen entre manos esos «salvadores providenciales» que se llaman Benito Mussolini o Primo de Rivera...

Entre los escritores políticos, o mejor dicho, los que se dedican a censurar la labor de los gobernantes, nosotros estableceríamos la siguiente clasificación: los peligrosos y los inofensivos. Los primeros, ya se sabe, son políticos ambiciosos y hombres de acción que se disfrazan bajo el manto de ideales generosos para alcanzar sus finalidades. Los segundos, son simples intelectuales y hasta abúlicos que no buscan otro fin que su propio esparcimiento. El precio de su esfuerzo lo encuentran esos desinteresados en la delectación que les producen sus

propias palabras. Ah, ellos lo arrostran todo, a veces, por una feliz ironía, un sarcasmo ingenioso o un chiste oportuno. Ellos se regocijan y se divierten, se desquitan de su inutilidad, con esa labor de bufones heterodoxos e irreverentes, ante un público descreído que se divierte también con ellos, pero sin tomarlos muy en serio... Pero el juego les resulta, en veces, bastante caro. Hay gobiernos civilizados y tolerantes que los dejan hablar y escribir; pero hay otros que toman muy en serio su misión, que son fa-

Un lamentable desacierto del carlismo español

Hoy publicará la *Gaceta* la siguiente Real orden:

«El excelentísimo señor jefe del Gobierno, presidente del Directorio militar, me comunica la siguiente Real orden:

«Ilmo. Sr.: Acordado por el Directorio militar el destierro a Fuerteventura (Canarias) de D. Miguel Unamuno y Jugo.

«S. M. el Rey (q. D. g.) se ha servido disponer:

«Primero. Que el referido señor cese en los cargos de vicerrector de la Universidad de Salamanca y decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la misma; y

«Segundo. Que quede suspenso de empleo y sueldo en el de catedrático de la expresada Universidad.

«Lo que traslado a V. S. para su conocimiento y demás efectos. Dios guarde a V. S. muchos años.

«Madrid, 20 de febrero de 1924.—El subsecretario encargado del ministerio, LEÁÑIZ. Señor ordenador de pagos por obligaciones de este ministerio».

(A. B. C. Madrid).

náticos, y no toleran que los desocupados se diviertan a costa de ellos. Entonces el escritor, el hombre que sólo quería aliviar su plenitud interior o divertirse un poco, va a parar a una ergástula o sale por el camino del exilio...

El caso de don Miguel de Unamuno trae a nuestra memoria el recuerdo de un cuento de Benavente: *El Oso que sólo quería divertirse un poco*. Escapado de la tropa que le llevaba por el mundo, el oso apareció un día en los suburbios de un pueblo, y al ver una turba de chiquillos que jugaban sobre la hierba de un prado en primavera, él quiso adherirse al regocijo, y se puso a rugir y a bailar como lo hiciera en su vida de trashumante domesticidad. Pero he aquí que las gentes del

Pueblo se espantan de su aparición, y que unos jayanes, creyendo cumplir su deber, le disparan con sus escopetas, dejándole tendido sobre el suelo. El oso, moribundo, con la vista fija en el cielo azul, exclamó de esta manera: «¡Qué brutos son los hombres! Me han matado... Y yo que sólo quería divertirme, revolcarme sobre la hierba, danzar un poco...»

No sabemos a punto fijo cuáles son los motivos que ha tenido el Directorio para expulsar a don Miguel de Unamuno. Pero pensamos que ha sido algún discurso o algún artículo de periódico censurando al Rey o al mismo Directorio. Acaso alguna de esas bur-las a que es tan inclinado el profesor de Salamanca. Y ya sabemos que el «Mussolini» de Don Alfonso, dando pruebas de un espíritu medioeval, no tolera que se hable mal de su gobierno ni tras las bambalinas.

Ahora bien, si comprendemos la acción de una Dictadura contra los escritores «peligrosos» de que hablábamos antes, no nos explicamos esas medidas drásticas contra los «inofensivos», entre los cuales colocamos al señor de Unamuno, a pesar de su aparente temibilidad. No olvidemos que Unamuno es un anciano, un eremita que vivía recluido en su gabinete de trabajo, y que España desde hace tiempo se acostumbra a oírle sin sobresaltarse. Por ello, su expulsión se nos antoja un lujo de intolerancia dictatorial, un derroche de cesarismo. El general Primo de Rivera, que no parece un tonto, se ha equivocado lamentablemente al desterrar a don Miguel de Unamuno, por que ese acto, innecesario como defensa, revelará su dictadura, a los ojos del mundo, bajo una luz poco favorable. La verdad es que hoy, excepción hecha de los bolshevikos rusos, todos los gobiernos civilizados de Europa, toleran y respetan las manifestaciones del pensamiento libre. Las persecuciones a la prensa, las expulsiones a los escritores independentientes, casi sólo se ven ya en ciertas satrapías centroamericanas, y, transitoriamente, en una o dos repúblicas sur-americanas, que hoy se encuentran bajo las garras del despotismo.

Esas persecuciones son actos repulsivos que no sólo revelan el atraso de los países, sino también la condición moral inferior de sus gobiernos. Por todo lo expuesto, pensamos que el General Primo de Rivera no debió haber expulsado a don Miguel de Unamuno. Si el catedrático de Salamanca se excedió en sus ataques, el Jefe del Directorio, en vez de imitar el gesto burdo de los dictadorzuelos intertropicales de América, debió haber tenido la elegancia moral de soportar esos ataques de sus enemigos,